

La ideología de Bonald

LEOPOLDO EULOGIO PALACIOS
Universidad Central de Madrid

“La ideología matará a la filosofía moderna”, había exclamado Bonald en un rincón del discurso preliminar de su *Législation primitive*. Se refería a la ideología inventada por Destutt de Tracy y sus adeptos del siglo XVIII. Sabía que el estudio de los signos y de las expresiones lingüísticas, a los que la ideología dieciochesca había otorgado un interés tan grande, le suministraba a él, vizconde Luis de Bonald, un principio doctrinal que podía acabar con el ateísmo de la filosofía moderna: la verdad de que el lenguaje no había podido ser inventado por el hombre y era, por consiguiente, una revelación de Dios.

Bonald edifica sobre la teoría del lenguaje toda la ciencia de Dios, del hombre y de la sociedad, toda la filosofía. Pero el lenguaje desempeña en su sistema un papel doble: *exagerado* unas veces, *mitigado* otras. El primero, el más conocido, le condujo al tradicionalismo y al fideísmo; en cambio el segundo, menos advertido por los historiadores, templó los rigores del tradicionalismo, convirtiéndolo en una doctrina mucho más viable. De uno y otro oficio del lenguaje en la filosofía de Bonald hablarán las siguientes páginas.

I

Bonald, colocado en medio de las incertidumbres en que le deja la filosofía, su eterna inconsistencia y sus divisiones interminables, condenada, como las Danaides de la fábula, a recomenzar sin cesar un trabajo que nunca termina, empieza preguntándose si no sería posible encontrar en los hechos públicos un fundamento a las doc-

trinas filosóficas más sólido que el buscado hasta ahora en las opiniones personales.

Bonald da la respuesta poniendo su mirada en el lenguaje y haciendo de éste el fundamento de la filosofía. “Este hecho —dice— es, o me parece ser, el don primitivo y necesario del lenguaje hecho al género humano”.

Bonald presume de exigente y quiere demostrar este acontecimiento primitivo de la transmisión del lenguaje, haciendo ver que hay varios hechos que permiten considerarlo como hipótesis plausible, y que, sobre todo, queda consagrado como válido al permitir explicar arduos temas que atañen a la ciencia de Dios, del hombre y de la sociedad.

El argumento principal que ofrece Bonald para ascender desde este hecho primitivo y público del lenguaje a la existencia de Dios se basa en la imposibilidad de que el hombre se haya elevado por sí mismo, y sin más facultades que las que le conocemos, hasta esa sorprendente propiedad de su naturaleza que es el lenguaje. El hombre ha sido incapaz de inventar el lenguaje. No ha podido encontrar la expresión de su pensamiento, porque para ello era necesario tener antes el pensamiento de esa expresión. Como va a decir Bonald con frase lapidaria: “El hombre piensa su palabra antes de hablar su pensamiento”, o, lo que es igual, “el hombre no puede *hablar* su pensamiento sin *pensar* su palabra”.

Ya Rousseau había dicho anteriormente, en una sentencia muy citada por nuestro autor: “Me parece que ha sido necesaria la palabra para inventar la palabra”. En realidad, esta opinión no hace más que corroborar la estrecha relación de los conceptos con el lenguaje en que se expresan. El lenguaje no puede haber sido invención humana, y no en vano dijo Balmes en su *Ideología pura* que “si para el desarrollo de las facultades intelectuales y morales es necesaria la palabra, los hombres sin lenguaje no pudieron concebir y ejecutar uno de los inventos más admirables”.

La admisión del lenguaje como principio de la filosofía nos descubre además una de las más curiosas concepciones de Bonald: la referente al origen de las ideas y de las verdades que son su objeto.

Según el autor de las *Recherches philosophiques sur les premiers objects des connaissances morales*, hay dos tipos de verdades: unas son las verdades generales, morales y sociales; otras son las verdades particulares, individuales o hechos físicos. Las primeras son objeto de

las ideas, las otras, de las imágenes o de las sensaciones. Lo curioso es que Bonald identifica lo general con lo moral o lo social; y considera lo particular como lo individual o lo físico. He aquí un párrafo con que caracteriza el primer género de verdades: "La causa primera y sus atributos de poder, de orden, de sabiduría, de justicia, de inteligencia, la existencia de los espíritus, la distinción del bien y del mal, son verdades generales, universales, morales, sociales, divinas, eternas (palabras todas sinónimas), porque nuestro espíritu no puede figurarse el objeto de ellas directamente y en sí mismo bajo ninguna imagen; porque no puede recibir ninguna sensación de ellas; porque estas verdades no están limitadas ni por los lugares ni por los tiempos, y porque son el fundamento de todo orden y la razón de toda sociedad". Y oída esta estrofa referente a las verdades generales, oigamos la antistrofa relativa a las verdades particulares: "La materia y todas sus propiedades y todos sus antecedentes o hechos físicos son el objeto de las verdades locales, temporales, particulares, individuales, físicas, porque la materia está compuesta de partes limitadas a un tiempo y un lugar, y porque nos es conocida por sensaciones individuales".

Esta estrofa y antistrofa nos conduciría a un estribillo sumamente conocido: que las verdades son propiamente el objeto de nuestras ideas y que las verdades particulares o hechos físicos son el objeto de nuestras imágenes: pero entonces ¿por qué Bonald ha adornado a las verdades generales con el calificativo de *morales o sociales*? Y ¿por qué a las otras las llama simplemente *físicas o individuales*?

Aquí es donde viene a darnos soluciones su teoría del lenguaje. Las verdades generales se llaman también morales y sociales porque nos las ha suministrado la sociedad por medio del lenguaje; las verdades particulares se llaman físicas o individuales porque cada hombre las conoce por sí mismo mediante los sentidos y las impresiones que recibe de los objetos exteriores.

El lenguaje es imprescindible para conocer las primeras: estas ideas generales, morales y sociales "no siendo conocidas de nuestro espíritu más que por las expresiones que nos las hacen presentes y perceptibles, las encontramos todas, y naturalmente, en la sociedad a la que pertenecemos, y que nos transmite el conocimiento de ellas al comunicarnos la lengua que habla".

En cambio para conocer las otras verdades, particulares, físicas o individuales, no es necesario el lenguaje; su origen no está en la

sociedad, sino en el hombre mismo y en los sentidos que se las transmiten. “No hay ninguna necesidad del lenguaje para percibir las —dice Bonald— porque los animales, a los que se ha rehusado la palabra, las perciben como él”.

Las verdades generales, morales o sociales, transmitidas por medio del lenguaje son el fundamento de la sociedad. Estas verdades merecen todo nuestro crédito. Nada de duda metódica respecto de ellas; nada de examinar los motivos que hay para invocarlas o rehusarlas. Bonald en este extremo mantiene una posición clarísima. Las verdades morales constituyen el orden social que nos mantiene a todos, y cuya supresión anonadaría a la sociedad misma, que es la encargada de conservar al género humano. ¿Discutir? Eso queda para los físicos, cuyas verdades especulativas no importan para los asuntos de la vida. Que si el movimiento de la tierra alrededor del sol, que si la causa de las mareas por la atracción de la luna, éstas son cosas cuyo saber no cambia el curso de la naturaleza. La tierra, esperando la decisión que toman los sabios acerca de su movimiento, arrastra lo mismo al que le afirma y al que le niega, o al que no sabe si afirmarlo o negarlo. Por eso aludiendo al pasaje bíblico que presenta el mundo como entregado por Dios a las discusiones de los hombres, dice Bonald que ese mundo *livré à nos disputes* no ha sido el mundo moral, sino el mundo físico.

¿Qué se desprende de todo esto? Que las verdades morales son verdades *creídas*, y que las verdades físicas son verdades *vistas*. Pero como las verdades morales son superiores a las físicas, resulta que la fe es también superior a la visión, la creencia superior a la evidencia. ¿No es esto harto chocante? Ahora nos explicamos porqué Bonald ha pasado a la historia del pensamiento como un representante del fideísmo.

“Hay que comenzar por creer algo si se quiere saber algo; porque si en las cosas físicas saber es ver y tocar, saber en moral es creer lo que no se puede captar por los sentidos. Así es menester creer, apoyándose en la fe del género humano, en las verdades universales y, por consiguiente, necesarias a la conservación de la sociedad”.

Es como si Bonald me dijese que asiento a las verdades del orden moral no porque vea que son verdades, sino porque me lo dicen los hombres; y creo a éstos porque han recibido estas verdades de una revelación de Dios transmitida tradicionalmente con el lenguaje. Esta

posición filosófica, a la que se ha llamado después tradicionalismo, hace de la autoridad humana o divina criterio supremo de toda la verdad y la certeza natural. Pero ¿no dependerá la autoridad de otro criterio todavía más alto, gracias al cual sepamos que la autoridad existe y que tiene valor? Porque para que la autoridad humana sea criterio de verdad yo debo saber obviamente que existen hombres que testifican algo y que su testimonio es verdadero. Y esto no puedo saberlo por la misma autoridad, sino por evidencia intelectual. Parejamente, para que la autoridad divina sea criterio de la verdad debo saber antes ser cierto que Dios existe y que atestigua algo, a más del valor de su testimonio.

II

Movido quizás por éstas y otras dificultades, Bonald mitigó su tradicionalismo con otra posición filosófica tampoco inmune de reparos, pero que contrarresta en parte los defectos de la precedente. Hasta aquí hemos visto que Bonald sostiene un doble origen de nuestros conocimientos. La sociedad por medio del lenguaje le da las verdades generales, que por eso se llaman morales o sociales; el individuo por medio de los sentidos capta las verdades particulares, que por eso se dominan físicas o individuales. Las verdades morales son *creídas*; las verdades físicas son *vistas*.

Pero ¿es éste el pensamiento definitivo de Bonald? La lectura directa de sus obras nos dice a las claras que no. De ellas se desprende palmariamente que todas las verdades, tanto las morales como las físicas, son verdades evidentes y vistas.

Aquí intervienen dos personajes históricos ante cuya ideología quiere tomar Bonald una posición intermedia: Malebranche por un lado, Condillac por el otro. Nos damos cuenta de ello leyendo su obrita *Dissertation sur la pensée de l'homme et sur son expression*; y encontramos resumida su posición en una nota de su *Essai analytique sur les lois naturelles de l'ordre social*, y en algunas páginas de su *Législation primitive*.

Hay dos sistemas extremos —viene a decir Bonald—: el de Malebranche por un lado y el de Locke y Condillac por el otro. Uno quiere que veamos en Dios todas nuestras ideas, el otro quiere que las recibamos todas por el canal de la materia o de los sentidos. Bo-

nalld pretende quitar a cada uno lo que tiene de exclusivo y demasiado absoluto, juzgando que las ideas generales o simples, que se pueden llamar sociales porque son el elemento de toda sociedad: razón, justicia, bondad, belleza, etc., se ven en Dios, puesto que son la idea de Dios mismo considerado bajo estos diversos atributos; y que las ideas colectivas y compuestas, que él llama individuales, porque son imágenes o nacen en cada hombre de sus sensaciones, vienen a nuestra imaginación por los sentidos. Sin embargo, nuestras ideas, incluso las simples, deben mucho a los sentidos, puesto que les deben el signo que las expresa y las despierta, sin el cual no podríamos hablar de ellas a los demás ni siquiera hablarnos de ellas a nosotros mismos; y las ideas compuestas deben también mucho al puro entendimiento, porque éste las recibe y combina en relación con las ideas simples.

Esta ideología, a caballo sobre el sistema de Malebranche y el de Condillac, quita a cada uno de ellos su exclusivismo. Las ideas generales —y sólo éstas— las vemos en Dios; las verdades particulares —y éstas sólo— se las suministra el individuo a sí propio por medio de los sentidos. Malebranche y Condillac son concertados en el sistema ideológico de Bonald, pues ni todas las verdades las vemos en Dios como quería el primero, ni todas las verdades nos vienen por los sentidos externos, como pretendía el segundo; y hay un mutuo condicionamiento de ambos órdenes, el puro y el empírico, porque sin el lenguaje, que pertenece al orden empírico, no podríamos ver las ideas en Dios; y sin el entendimiento, que pertenece al orden puro, no podríamos combinar y hacer uso intelectual de las sensaciones.

Este sistema ideológico nos invita a resaltar una consecuencia que suele pasarse por alto cuando se diserta sobre su autor. Bonald, bajo la influencia de Malebranche, admite que las verdades morales son verdades evidentes, verdades no creídas, sino vistas, y vistas, nada menos, en Dios mismo. Y bajo la influencia de Condillac y de la ideología sensualista admite que el concurso de los signos sensibles que forman el lenguaje son necesarios para despertar las ideas. La consecuencia que resulta de esto es muy importante: las ideas morales no son ya meramente aceptadas por el crédito que damos al género humano y a la sociedad, como quiere el tradicionalismo, sino porque son vistas con absoluta evidencia; y el lenguaje que concurre para su visión no es un vehículo de ideas sino una mera ocasión sensible de despertarlas.

¿Desaparece entonces el célebre tradicionalismo de Bonald? A mi entender persiste, pero sumamente mitigado, en la afirmación de que es precisamente el lenguaje el elemento sensible que debe suscitar en nosotros la visión de la idea: porque el lenguaje es un elemento social y transmisible por tradición.

En suma, Bonald ha pasado a la historia de la filosofía como el fundador del tradicionalismo; pero hay otros aspectos de su ideología que mitigan los excesos de éste. Para quienes no profesamos su sistema, la lección perenne de Bonald consiste en habernos encarecido la importancia que tiene el concurso del lenguaje para la producción de las ideas generales, y en habernos recordado que el hombre no es un caminante solitario, porque sin el magisterio y sin la tradición oral y escrita de la sociedad no podría elevarse al mundo de las verdades morales y sociales, que son las que le permiten nada menos que ser un hombre.